

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes. . . . . 4 reales.  
 Por tres id. . . . . 11 »  
 Por un año. . . . . 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: **LUIS RIVERA.**



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 45 reales.  
 Por seis id. . . . . 28 »  
 Por un año. . . . . 50 »  
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »  
 ULTRAMAR.—Un año. . . . . 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, —jueves y domingo.

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: **FRANCISCO ORTEGO.**

**Crónica.**

**MONÓLOGO DE UN MONÁRQUICO SIN MONARCA.**

«¡Cuidado si soy liberal! Yo mismo me espanto de verme. He seguido paso á paso todas las peripecias de la política, y hoy más que nunca me convenzo de que sin orden no puede haber libertad. Que no puede haber libertad, se acabó. Vamos á ver, ¿para qué sirve la libertad? Para hacer feliz al género humano, ¿eh?—¿Y el orden? Para que la libertad se consolide.

Esto no tiene vuelta de hoja.

Yo he pasado mi vida entera peleando por la libertad, y como doña Isabel no marchaba por el camino de la libertad, tuve que conspirar contra ella. Hoy tengo libertad y un empleo de 30.000 rs. ¿Quiere Vd. que conspire? ¡Hombre, si hoy no defiende el orden, ¿cuándo se me ha de presentar otra ocasión?

Como buen liberal que desea el definitivo triunfo de la libertad, me he examinado por dentro y me encuentro monárquico. He tardado algun tiempo, porque yo no soy como un saco que se vacía de una vez. ¿Y por qué soy monárquico? Por convicción pura. La monarquía es una cosa muy conocida y muy trillada. La monarquía es lo mismo que hemos tenido, á gusto de clero, nobleza y pueblo. Pues en dándole un tinte liberal, para que al pueblo le parezca algo, cate Vd. que no hay necesidad de más. Se nombra un rey, pongo por caso, y se acabó; ya no hay que quebrarse los cascos, ya hay rey para toda la vida. Que se muere, le hereda su hijo. Esto es muy cómodo, y así es como puede consolidarse la libertad, hermanada con el orden, y sin menoscabo de mis 30.000 rs. de sueldo, ¿eh?

Ahora se dice que no hay rey. Esto sí que me hace reír. ¡Que no hay rey! No me canso de decírselo á mis amigos. Están Vds. tocando el violon; porque, lo que yo digo, señor, lo que yo digo, ¿qué es lo primero? Monarquía. ¿Puede haber libertad y orden sin monarquía? Imposible. Pues bien, si tenemos monarquía, lo de ménos es el monarca. Cualquiera sirve. Vamos á ver, ¿qué ha de hacer un monarca? Cobrar su sueldo, gozar de la *vita-bona*, cortejar á las mujeres que le gusten, en fin, lo que haríamos todos. Y para eso, ¿quién no sirve? Yo mismo me atrevería...

Mire Vd., soy progresista hasta dejarlo de sobra, y por lo mismo conozco que siendo el empleo de rey tan codiciado, el mejor partido sería nombrar á un rey español porque no se dijera. Pero mis compañeros opinan que debe ser extranjero, porque en España no hay príncipes de sangre más que los Borbones, y esos están mandados recoger. Verdaderamente, los Borbones son muy monárquicos, y si la monarquía es lo principal... ¡Que me confundo, señor, que me confundo! No contemos con los Borbones.

Bueno. Tenemos monarquía. Qué cosa más fácil que decir: ¿dónde hay un rey que nos guste?—En tal parte.—Pues que nos lo traigan.

Y en efecto, elegimos rey á D. Fernando, y D. Fernando no quiso la corona. Primer momento de estu-

pefaccion. ¡Ah! para otra vez no nos darán mico, no dirá nadie que á un buen progresista le dan dos veces la castaña. El rey D. Fernando nos puso en ridículo, pero en otra te quiero ver. ¡Ya, ya, y tonto que es el general Prim! Mucho más ahora que tiene á su lado á los demócratas, que son de lo más despejado... Todos cobran sueldo. No le digo á Vd. más.

Otra vez que sea necesario elegir rey,—me hacia yo esta cuenta,—lo primerito será contar con la aceptación del candidato, porque otro mico como el de Portugal sería cosa de que los españoles nos echaran con unas tenazas.

Yo me fui este verano á mi pueblo, y una noche, jugando al tute con el alcalde, que por más señas es republicano, le decía:—Desengañese Vd., que la cosa se arregla en este viaje de Prim á París. Todo viene ya pensado y hecho.—¿Quién será el rey?—No lo sé, pero cuando el gobierno presente uno, será cosa segura, porque Prim no es tonto, y luego, aunque Vd. nos llama cándidos á los progresistas, están ahí los demócratas.—Sí, señor, sí, me contestó el alcalde, esos demócratas han perdido á España, haciendo imposible la república y la monarquía. Se han propuesto ser ministros, ya lo son, pero no hay monarquía ni república. Sin ellos, acaso los monárquicos hubieran podido fundar la monarquía constitucional, con ellos acaso nosotros tendríamos ya república.

—Calle Vd., hombre, le dije al alcalde; calle usted, por el amor de Dios. Poquito que me gustan á mí los demócratas. Ellos no son más que unos treinta, pero no hay uno que no esté en lo firme.

¡Ah, qué recuerdo! Tenía razon mi buen amigo el alcalde republicano. La candidatura del duque de Génova, presentada por los demócratas y patrocinada por los progresistas, acaba de hundirse.

Apenas declara Olózaga en la Tertulia que será genovista, porque no diga Europa que se pone en desacuerdo con su partido, ahora precisamente que acabamos de aumentarle el sueldo de embajador, viene la noticia de que no hay tal candidatura.

Pocos pelos me quedan, pero me voy á tirar de ellos, voy á arrancármelos todos, y es la única manera de que mi amigo el alcalde republicano no diga que tengo pelo de tonto cuando vuelva al distrito.

¡Con que otro desaire, otro mico, otro fiasco, y aun vivo yo, y aun viven los demócratas!

Pueblo español, comprendo tu sensatez, comprendo que la corona de España no te importa un pito, puesto que estas cosas no te llegan á ningun sitio del cuerpo.

¡Oh Dios de todos los ministros! En mi calidad de diputado de la mayoría tenía yo derecho á cierta dosis de candidez, pero lo que me pasa es demasiado.

Comprendo que los diputados, que el pueblo, que las silbas á Ruiz Zorrilla trajesen el fracaso de la candidatura genovesa; al ménos esto sería honroso, y solo sufriría el amor propio del gobierno. Siempre se diría: «¡No han querido los españoles!» ¡Pero presentar esa candidatura y no contar con la huéspedal! ¡No contar siquiera con la madre de la criatura! ¡Exponernos á otro mico!

Y esto, despues del chasco que nos dió D. Fernando. Francamente, no tenemos derecho á seguir go-

bernando, no lo tenemos; yo he sido siempre un hombre honrado y no quiero dejar de serlo. Yo hubiera votado á Espartero, esto era lo único digno de un partido popular, dada la imposibilidad de tener candidato de sangre. Se empeñan en no votar á Espartero y me voy á mi casa. Lo que es el tercer mico no se lo dan al hijo de mi madre. Se acabaron las farsas: me declaro republicano.

—¡José!

—Señorito.

—Vé á suscribirme á *Gil Blas* y me reiré de mí mismo.

*Un diputado radical.*

Por la copia,

**Luis Rivera.**

**REMORDIMIENTOS.**

«No puedo más. Si hasta ahora la pasión política pudo ahogar en mí la voz de la conciencia, ya abrumado por el peso del remordimiento cedo y me rindo, pidiendo en altas voces perdón de los culpables extravíos con que perturbé la paz de los hogares, el reposo de las oficinas, la felicidad de la patria.»

Así habló el partido republicano por los órganos de todas sus fracciones y tendencias al recibirse el telegrama en que se declaraba cómo el duque de Génova no puede ser rey de España, por no ser del gusto de su mamá, su padastro y su tío.

¡Qué lección para los partidos exagerados de lo porvenir!

Quince meses ha estado la revolución monárquica sufriendo con resignación cristiana los obstáculos que á su majestuosa marcha ha estado levantando el republicanismo en prematura hora nacido.

Grave, severo, imperturbable, seguro de que providencialmente había de llegar á la posesión de sus altos destinos, ha ido de uno en otro príncipe marcándoles con boyas el derrotero, encendiéndoles faros, echándoles cables, y cuando cada candidato ha estado á punto de poner el pié en las lanchas de salvamento, una tormenta republicana, hinchando las aguas y desencadenando los vientos, ha puesto la candidatura hecha una sopa.

Los candidatos que se estiman en algo no se presentan en parte alguna con los papeles mojados; harto lo sabía el partido que ni siquiera ha tenido la cortesía de esperar á que hubiesen reinado un par de generaciones más de Fernandos é Isabeles para salir á la vida pública.

Al fin parece que se siente tocado en el corazón, y promete de todas veras no oponerse en lo sucesivo al éxito de ningun candidato.—Ya era tiempo.

Ahora, si se ofrece otra vez la corona al rey viudo de Portugal, el partido republicano ya no inspirará á ese príncipe ninguna de las ideas que le han movido á rechazarle, ni al pueblo lusitano la repugnancia que le hemos hecho sentir á alterar su modo de ser para no salir al fin y al cabo de la monarquía.

Si se trata de convidar á un alemán para que se sirva reinarnos, ya los republicanos no le crearemos repugnancia de raza, de costumbres, de historia ni de idioma.